



HISTORIA
DE LAS **MUJERES**
EN EUSKAL
HERRIA

PREHISTORIA
ROMANIZACIÓN
Y REINO DE NAVARRA



HISTORIA
DE LAS **MUJERES**
EN EUSKAL
HERRIA

ROSA IZIZ  ANA IZIZ

PREHISTORIA
ROMANIZACIÓN
Y REINO DE NAVARRA



Lan honek Nafarroako Gobernuaren dirulaguntza bat izan du, Kultura, Kirol eta Gazteria Departamentuak egiten duen Argitalpenetarako Laguntzen deialdiaren bidez emana.

Esta obra ha contado con una subvención del Gobierno de Navarra concedida a través de la convocatoria de Ayudas a la Edición del Departamento de Cultura, Deporte y Juventud.



PRIMERA EDICIÓN Tafalla, octubre 2016

COPYRIGHT © De la edición: Txalaparta
© Del texto y sus fotografías: Rosa Iziz Elarre | Ana Iziz Elarre
© Cada autor y autora de su fotografía

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.
San Isidro 35-1A
Apartado 78
31300 Tafalla
Nafarroa
TFNO: 948 70 39 34
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.eus

DISEÑO Y PORTADA Esteban Montorio

MAQUETACIÓN Monti diseinu grafikoa

DEPÓSITO LEGAL: NA-1893-2016

ISBN 978-84-16350-58-2

IMPRESIÓN Gráficas Iratxe
Polígono Agustinos, calle M, 5
31160 Orkoien – Navarra

Dada la magnitud del archivo fotográfico empleado en la obra, y a pesar de que en todas las imágenes seleccionadas se ha intentado incluir autoría, la editorial y las autoras no han podido contactar con todos y cada uno de los responsables de los derechos de las fotografías, grabados y pinturas que aparecen en estas páginas. Pedimos disculpas de antemano y agradecemos se pongan en contacto con la editorial para poder subsanar cualquier cuestión



INTRODUCCIÓN

UNA HISTORIA
DE LAS MUJERES
EN EUSKAL HERRIA

CUANDO DECIDIMOS ESCRIBIR ESTE LIBRO sobre la historia de las mujeres en Euskal Herria éramos ya plenamente conscientes de la dificultad que entrañaba el trabajo, pues investigaciones anteriores nos indicaban la escasa visibilidad de las mujeres en los textos antiguos. Pronto nos dimos cuenta de que la labor que teníamos por delante era considerable y que íbamos a tener obstáculos para encontrar documentación en la que las mujeres tuvieran algún tipo de protagonismo. Pero, por otra parte, el proyecto nos pareció tan interesante que no dudamos un momento en embarcarnos en él.

De esta manera, comprobamos que los cargos públicos estaban vedados para las mujeres medievales. Advertimos que en aquellos siglos ellas no tomaban decisiones políticas, ni formaban parte de los concejos ni batzarres, ni ocupaban puestos relevantes y menos aún disponían de autoridad de ningún tipo. Y quisimos descubrir si su participación en el ámbito privado había dejado rastro, así que nos lanzamos a buscar en los procesos civiles y en las ordenanzas municipales y demás normativa legal con el propósito de recoger toda noticia que pudiera visibilizarlas de alguna manera.

Así fuimos averiguando cómo la «mitad invisible» compartía con la otra mitad tareas agrícolas, textiles, comerciales e incluso los trabajos de construcción y reparación de castillos, murallas y puentes. No ha sido, por tanto, un camino fácil pero nos ha proporcionado la satisfacción de haber podido sacar, siquiera mínimamente, del ostracismo a gentes anónimas que pelearon tanto por su sustento diario y su dignidad personal como, en algunos casos, por una sociedad más justa e igualitaria.

Hay que partir de la base de que, en el tema de mujeres, no se encuentran fácilmente investigaciones de sus actuaciones en el pasado y en el caso de hallarse, están escritas desde una óptica masculina, así lo comprobamos en la literatura y la

filosofía (en el segundo capítulo de este trabajo). No obstante, estas fuentes deben ser analizadas y tomadas en consideración, y de ninguna manera desechadas o banalizadas pese a su actual incorrección ideológica, pues la contundencia y consistencia de sus planteamientos tiene directa correlación con algunas actitudes hacia las mujeres y los papeles desempeñados por ellas en la sociedad occidental, tanto en el pasado como en la actualidad. La misoginia hunde sus raíces en el pensamiento filosófico griego y romano e impregna los discursos del cristianismo. Por ello es tan difícil la erradicación del machismo y de esa estructura que engloba e impregna todo, que hemos dado en llamar patriarcado, pues forma parte cultural de este mundo occidental, tan avanzado en otras cuestiones.

Es cierto que desde el siglo x iremos encontrando personajes femeninos que, a contracorriente, conciertan compraventas y arrendamientos y ordenan testamentos, puesto que disfrutaban de bienes propios a veces de considerable importancia, pero no es menos cierto que estas mujeres pertenecen a una clase social alta cuando no son miembros de la realeza. De todas ellas ya se ha hablado en incontables ocasiones y hemos de decir con rotundidad que no son representativas de la población femenina medieval. Es por ello que apenas les prestaremos atención en este trabajo pues no hemos querido hacer otro estudio sobre reinas, princesas o nobles, sino mostrar a la mujer del pueblo en su vida cotidiana y acercarnos en lo posible a su pensamiento, situación en el mundo, esperanzas y desvelos.

Abarcamos un período que tradicionalmente se ha considerado oscuro y hemos querido dotarlo de la misma luz que disponen otras épocas como el Renacimiento y la Edad Moderna. Y tomamos a Navarra como eje vertebrador de la historia de la mujer en Euskal Herria porque la importancia que tuvo la «Nabarra antigua» no se puede comparar a la de otros tiempos y situaciones. No hay que olvidar que fueron los reyes de Navarra los que fundaron las principales poblaciones vascas, entre las que se encuentran Gasteiz y Donostia, y que la normativa propia y de mayor importancia surgió en este reino. Pero las lectoras y lectores de este trabajo, en los capítulos y temáticas que abarcamos descubrirán comportamientos y valores de las mujeres y hombres medievales de todos los territorios vascos.

Excepto el período de 1348, en que ocurrió la Peste Negra y murió un tercio de la población europea, la situación a la que se tuvieron que enfrentar las mujeres es similar a la de cualquier otro periodo histórico: tuvieron una posición de inferioridad evidente con respecto a los hombres y esto se reflejaba en la normativa, en la actitud de la Iglesia e incluso en los refranes populares. Esto no quiere decir, por el contrario, que las mujeres hayan sufrido más, por ejemplo, en el siglo xv que en el xviii. La inmensa mayoría de ellas, que son las que nos interesan, las anónimas, han tenido a lo largo de los siglos los mismos problemas, han pasado las mismas necesidades, sufrido similares dificultades y han sido reducidas al plano doméstico del mismo modo. Pero es cierto que los periodos de guerras, sobre todo el de la conquis-

ta de 1512 -y años posteriores-, fueron los que más las castigaron ya que tuvieron que hacerse cargo del trabajo y la dirección de los hogares, de mantener a la familia y de llorar por los padres, hijos y maridos muertos en las batallas.

Por otra parte, y aunque parezca contradictorio e increíble, hasta el siglo xv las mujeres gozaron de una libertad que hoy nos parece asombrosa. La vida en la Edad Media era difícil, expuesta a todo tipo de enfermedades, accidentes y peligros. Las condiciones de vida resultaban lamentables, comer cada día era el objetivo prioritario de la población y como consecuencia de todo ello vivían «en la cuerda floja», lo que les impulsaba a un fuerte deseo de vivir y disfrutar cada día. Mujeres y hombres eran mucho más promiscuos de lo que nos imaginamos y toda la sociedad, independientemente del estatus, gozaba de una gran permisividad sexual. Incluso los clérigos se casaban o tenían barraganas e hijos e hijas dentro de la normalidad.

Es a partir del período reformista de la Iglesia católica y el Concilio de Trento (1564), cuando esta institución, cada vez más fuerte en los reinos europeos, irá promulgando una normativa muy restrictiva que regulará hasta los más pequeños detalles de la vida de nuestras antepasadas. Este control creciente por parte del clero limitará de manera importante la capacidad de acción femenina.

Asimismo, en este volumen encontrará el lector y lectora un estudio sobre la situación de las mujeres en las diferentes familias de fueros que gobernaron la vida en los pueblos y ciudades vascas. Son fuentes de conocimiento pues los aspectos regulados por ellos son tan variados que nos sirven para conocer en detalle la sociedad popular, cómo vestían, qué comían, qué fiestas celebraban y, sobre todo, cuál era su modo de relacionarse.

El Fuero General de 1237 y las ordenanzas municipales recogerán múltiples perspectivas sobre la vida de la villana, la noble, la viuda, la casada o la doncella, las condiciones de vida, los comportamientos públicos, las relaciones familiares y vecinales y aspectos mucho más concretos como son la violación, el rapto, los contratos matrimoniales, matrimonios clandestinos, bigamia, separación y divorcio, pruebas de doncellez, viudedad y herencia, barraganía y amancebamiento y las diferentes maneras de agresión física y psicológica. Todas estas cuestiones son tratadas pormenorizadamente, en lo que podemos decir que es el primer análisis sistemático desde un punto de vista de género de nuestras leyes, usos y costumbres. La regulación municipal, especialmente en los siglos xi y xii, nos va anticipando que las mujeres ocupan un lugar secundario aunque imprescindible para la reproducción de la población en un tiempo en el que la mortalidad es elevadísima. Temas como la prueba de doncellez, la salvaguarda de la virginidad, la violación y todo lo referente a la preservación del honor es primordial para aproximarnos al ideal de «mujer honrada» que se desarrolló en aquellos siglos y que procede básicamente del valor que el mundo patriarcal ha concedido al reconocimiento y validez de la legitimidad de su prole.

Conforme las poblaciones se van asentando e incrementando el número de residentes se precisará otro tipo de regulación legal más amplia, pues la cercanía y vecindad es fuente de conflictos y será necesario ordenar y castigar comportamientos delictivos, como el de ladronas, prostitutas o alcahuetas. En las sentencias judiciales conoceremos sus nombres, las localidades en que «delinquieron» y las sanciones y penas que les aplicaron, algunas de muerte. Y las compararemos con las que se imputaron a los hombres. Así, recurriendo a estas fuentes, nos iremos acercando cada vez más a ellas. La legislación –tenemos que remarcar-, tanto en la Antigüedad, como en la Edad Media, se erige como una fuente de conocimiento de primer orden.

Siguiendo con nuestro recorrido, será casi imposible oír sus voces con claridad hasta los siglos xv y xvi, en que las mujeres hacen acto de presencia en los procesos judiciales testificando tanto para la acusación como para la defensa. Se tratará de procesos entablados por agresiones de tipo sexual (violación principalmente) o por uniones de tipo extramatrimonial (amancebamiento, concubinato y barraganía) o matrimonial (adulterio, bigamia, raptos y matrimonios clandestinos entre desiguales, separaciones y divorcios) o de agresiones o violencias en las personas o cosas (riñas, peleas, insultos, heridas, asesinatos, infanticidios, etc.).

Los roles sociales que estudiamos generalmente nos dan cuenta de la restricción y exclusión que las mujeres han sufrido a lo largo de la historia condicionando su desarrollo personal. Sus actividades y profesiones habituales son las relacionadas con el ámbito doméstico o privado. Abundan las criadas o sirvientas, nodrizas, parteras, hilanderas y tejedoras, y otras son panaderas, comerciantes, o boticarias, en muchos casos por vinculación a la profesión ejercida por sus padres o maridos. También serán empleadas como mulas de carga en tareas subsidiarias como obreras de la construcción, llevando agua, quitando lodo y escombros, o como simples jornaleras trabajando en el campo como sarmentadoras. En todos estos casos el jornal diario de una mujer era la mitad que el de un hombre.

La vida religiosa y espiritual será finalmente un refugio o una cárcel-cielo en la Tierra para muchas de ellas. Hablamos de las monjas, de las seroras, ermitañas y beatas que gozarán de una consideración social bastante favorable. Sin embargo, las situaciones a las que se enfrentaban las mujeres que intentaban encontrar espacios de poder propios eran muy diversas. La ignorancia reinante, el miedo a lo desconocido y el repudio a las supersticiones desencadenarán una persecución atroz e injusta contra curanderas, herboleras y sanadoras que eran consideradas como herederas de creencias y cultos ancestrales, o, lo que es lo mismo, como servidoras del demonio y, por tanto, enemigas de la religión.

El espacio que le dedicamos en el libro al vestuario puede parecer un tanto extenso, pero creemos que es básico –a la par que original– para conocer verdaderamente a la sociedad medieval.

Hay que tener en cuenta que en aquella época el vestido era el signo específico de la diferenciación social. La forma y tejidos empleados para confeccionar los velos, tocas, tocados, así como las sayas, briales y pellotes, por ejemplo, nos informan de si una mujer era rica o pobre. La largura de sus ropas o su escote, o el color de sus tejidos nos indica si es doncella, sirvienta, casada o viuda.

Las ricas vestirán con lujo y se llegará a una situación de tal exceso que las leyes suntuarias prohibirán el uso de sedas, brocados, oro, perlas y piedras preciosas.

La ropa también servirá para identificar y discriminar a ciertos sectores sociales como judías, musulmanas, agotas y prostitutas, obligándoles a llevar prendas concretas, de determinado color o distintivos singulares y visibles.

La vestimenta del siglo xvi ofrecerá en todos los territorios una gran variedad de formas y colores. Y a ojos de los viajeros, las mujeres resultarán muy bien vestidas en comparación a territorios vecinos. Las faldas, jubones, basquiñas y justillos nos mostrarán a la campesina y comerciante pamplonesa, la dama de San Juan de Luz o de Askain, la casada donostiarra o la viuda vizcaina.

A pesar de las diferencias apuntadas, realmente la gran mayoría de ellas utilizaban ropas incómodas que les impedían moverse con naturalidad. La indumentaria era carísima, hasta el punto de que el atuendo diario costaba el sueldo de todo un año de trabajo. Así que la mayoría de la población vestía de forma harapienta.

Teniendo en cuenta las carencias documentales existentes, es muy útil recurrir a la escultura, pintura y cualquier otra evidencia estética que facilite el conocimiento. Desde los capiteles y figuras de las portadas románicas, la iconografía crea un modelo simbólico en el que cada representación tiene su significado. Se pretende aleccionar a las y los que no saben leer, la inmensa mayoría. Y también corregir comportamientos específicos y muchas veces relacionados con la sexualidad. Por ejemplo, la lujuria aparece infinidad de veces, en ermitas e iglesias, como una mujer con dos sapos colgando de sus pechos o una serpiente mordiendo su vulva. En otras ocasiones, en capiteles, modillones y ménsulas vemos a mujeres pariendo, o imágenes de órganos sexuales que tienen un significado de fecundidad, algo imprescindible para aquella época donde la mortalidad era tan elevada. Y, finalmente, aparecerán escenas de hombres y mujeres desnudos en actitudes exhibicionistas o eróticas. Todo ello tiene una riqueza visual tremenda que hemos creído indispensable incorporar a nuestro trabajo, pues es la mejor forma de acercarnos a la mentalidad medieval.

Creemos que la historia es una disciplina que debe salir de los claustros y ponerse en contacto con la calle. Es imprescindible investigar con rigor y apoyar los resul-

tados con profesionalidad y seriedad pero ello no debe estar reñido, desde nuestra óptica, con una vocación divulgativa ambiciosa y de más amplio espectro. Escribimos para compartir nuestros estudios y descubrimientos con la mayor cantidad posible de lectores y lectoras y pretendemos hacerlo de una forma simple, rigurosa y amena. No nos interesa que nuestras obras duerman abandonadas en estanterías de bibliotecas.

Y a pesar del mundo globalizado en el que vivimos, con todas sus ventajas, pensamos que profundizar en nuestra cultura y trabajar en la búsqueda de la presencia de las mujeres en la Prehistoria y, más profusamente, entre los siglos v y xvi en Euskal Herria, es una tarea innovadora, actual, interesante y, por encima de todo, necesaria, muy necesaria, pues hoy en día carecemos en el país de estudios de este tipo. Pensamos que ya era hora de colocar el primer ladrillo.

De cualquier forma, la historia de las mujeres en la Antigüedad y la Edad Media, además de ser una vertiente autorizada de la historia social, interesa porque ilustra e ilumina el origen y los precedentes de los problemas contemporáneos que se dan en las relaciones entre hombres y mujeres, también entre las distintas clases sociales, en un proceso ya viejo de toma de conciencia colectiva de la subordinación social en el que todavía nos encontramos.

ABREVIATURAS

ADPL	Archivo Diocesano de Pamplona.
AEM	Anuario de Estudios Medievales.
AGG	Archivo General de Guipúzcoa.
AGN	Archivo General de Navarra.
AHDE	Anuario de Historia del Derecho Español.
AHAMM	Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna.
AHN	Archivo Histórico Nacional.
AHGO	Archivo Histórico de Guipúzcoa. Oñate.
AHPZ	Archivo Histórico de Protocolos de Zaragoza.
AME	Archivo Municipal de Estella.
AMH	Archivo Municipal de Hernani.
AMO	Archivo Municipal de Oñate.
AMP	Archivo Municipal de Pamplona.
AMT	Archivo Municipal de Tafalla.
APNZ	Archivo de Protocolos Notariales de Zaragoza.
ARChV	Archivo de la Real Chancillería de Valladolid.
CACP	Catálogo del Archivo de la Catedral de Pamplona.
CAGN	Catálogo del Archivo General de Navarra.
CEEN	Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra.
CGHN	Congreso General de Historia de Navarra.
CSIC	Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
FGN	Fuero General de Navarra.
IDEA	Instituto de Estudios Auriseculares.
NECS	Notas y Estudios de Ciencias Sociales.
RIEV	Revista Internacional de Estudios Vascos.
RJN	Revista Jurídica de Navarra.

- RLEMR** Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento.
RPV Revista Príncipe de Viana.
SEHN Sociedad de Estudios Históricos de Navarra.
UNED Universidad Navarra de Educación a Distancia.
UPNA Universidad Pública de Navarra.



■ Dantzaris en un capitel de la ermita de San Zoilo de Cáseda (Navarra).

1 PREHISTORIA Y ROMANIZACIÓN



1. LOS ORÍGENES DE NUESTRA POBLACIÓN. PALEOLÍTICO Y NEOLÍTICO

EN EL PALEOLÍTICO INFERIOR (350.000-100.000 a.C.), la humanidad se componía de clanes pertenecientes a las especies denominadas *Homo Erectus*, *Pre-Neanderthal* o *Antecessor*. Estos pequeños grupos, aún aislados, no superaban la decena de individuos que conocían la técnica del fuego y fabricaban hachas de piedra e instrumentos de madera y hueso.

Los restos arqueológicos más importantes pertenecientes a este periodo se han encontrado en la cuenca de Pamplona (500 piezas entre las que predominan los bifaces y las raederas), Lezetxiki (Gipuzkoa) y Urrunaga (Araba).

Durante el Paleolítico Medio (100.000-35.000 a.C.), viven aquí *Neanderthales*, grandes y fuertes, bien adaptados al clima frío y que cazan animales de gran tamaño utilizando hoyos y zanjas y estrategias de ataques combinados.

Hombres y mujeres trabajan en todo tipo de tareas, tanto en la caza como en la pesca, en la recolección de vegetales y en la fabricación de armas y utillaje. Gracias a esta colaboración en las tareas diarias, las posibilidades de supervivencia de las tribus aumentan.

En el Paleolítico Superior (35.000-8.500 a.C.), desaparece la especie *Neanderthal* y llega la de *Cromañón*, de la que desciende básicamente la actual comunidad vasca.

Existen más de 70 lugares con señales de ocupación, en su mayoría cuevas no muy alejadas de la costa y a escasa altitud. A fines del periodo se producen las expresiones más bellas del arte prehistórico por toda la cornisa cantábrica, con representaciones muy realistas de bisontes, caballos y osos. Las pinturas rupestres más destacadas se encuentran en Altxerri y Ekain (Gipuzkoa), Santimamiñe (Bizkaia), Abautz (Navarra) o Isturitz (Baja Navarra).

La pesca y el marisqueo se intensifican, por lo que la industria pesquera produce herramientas específicas como anzuelos y redes. Las ostras, mejillones, lapas y almejas se consumen en grandes cantidades, lo que queda acreditado por los grandes concheros que existen en la mayoría de las cuevas cercanas al mar y a los ríos.

Entre el 3.500 y el 2.500 a.C. llega el Neolítico a Euskal Herria. Se origina el nacimiento de pequeños núcleos de habitación, al aire libre, coincidiendo con un cambio climático en el que aumenta la temperatura y surge un nuevo modo de vida en el que la agricultura, la ganadería y la industria lítica y cerámica avanzan técnicamente. La población es capaz de cultivar la tierra y criar rebaños de ganado, garantizando así la alimentación básica y el crecimiento de las tribus. Pero no nos adelantemos, volvamos al Paleolítico.

2. LAS DIOSAS MADRES

Las primeras imágenes humanas corresponden a mujeres y presentan rasgos identificativos muy precisos: grandes pechos y vientres y enormes nalgas. Hasta hace poco tiempo han sido conocidas como Venus prehistóricas. En la actualidad se considera mucho más correcto llamarlas Diosas Madres, porque para nuestras antepasadas y antepasados el rasgo más importante de estas representaciones era la «divinidad».

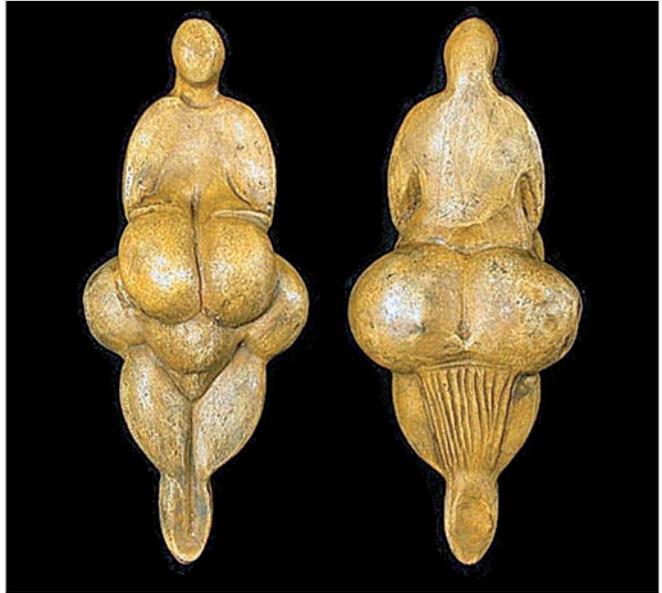
Estas famosas diosas prehistóricas, estatuillas femeninas de hueso, piedra o terracota, son de tamaño pequeño y bulto redondo. Se han encontrado más de 130 piezas en distintos yacimientos de Europa occidental de una antigüedad de entre 30.000 y 8.000 años.

Entre las de la zona pirenaico-aquitana, destacan las de Lespugue, Brassempouy y Laussel. Simbolizan a la mujer como fuente de vida, placer y amor y a su vez están relacionadas directamente con la vida y la muerte, la fertilidad y la maternidad. La fuerza creativa de la vida se concreta en la imagen de una hembra madre que será la protagonista de la organización mental prehistórica y se establece la percepción de la divinidad como una madre generosa que rige el universo.

La Diosa de Lespugue fue descubierta en 1922 en la cueva de Rideaux (Alto Garona francés). A punto de concluir la excavación, el último golpe de piqueta sacó a la luz la estatuilla. Se halló en un contexto arqueológico concreto, exactamente en el periodo del Gravetiense Medio, junto a una industria lítica datada entre los 26.000 y 24.000 años de antigüedad.

La Diosa de Brassempouy se encontró en Las Landas francesas (Dax, Aquitania), datada hacia el 22.000 a.C., fue tallada en marfil de mamut. Solamente se conserva la cabeza, que mide 3,65 centímetros de altura, 2,2 de ancho y 1,9 de grosor. A pesar de ser una de las diosas con los rasgos más detallados, las proporciones anatómicas del cráneo no son realistas pues, aunque el rostro de forma triangular es muy equi-

■ Diosa de Brassempouy



■ Diosa de Lespugue

librado y la nariz y las cejas están perfectamente dibujadas, carece de boca. El cabello o lo que puede ser una capucha está esculpido mediante trazos esquematizados y su cuello es largo y elegante.

La de Laussel (Dordoña, Aquitania) está relacionada con una diosa de la fertilidad, en la que el cuerno simbolizaría la abundancia y su vientre, senos y vulva indicarían su poder como generadora de vida.

Por último, mencionaremos una figura femenina hallada en la cueva de Praileaitz 1 de Deba (Gipuzkoa), en un nivel Magdaleniense, con una antigüedad de unos 15.000 años. Está hecha en piedra negra, seguramente de canto rodado, elegida por su buen pulimento y de forma similar al contorno de una mujer. Podría tratarse de la primera diosa prehistórica encontrada en Euskal Herria.



■ Diosa de Laussel



■ Reproducción del colgante en forma de Diosa hallado en la cueva de Preaileaitz I (Deba, Gipuzkoa).

Todas ellas tienen reducidas dimensiones, entre los 3 y los 22 centímetros, son fáciles de manipular y están concebidas para caber en la palma de una mano, lo que induce a pensar que pudieron ser empleadas como colgantes o amuletos para protegerse de la enfermedad y atraer la salud, la fertilidad y la abundancia, o bien que formaron parte de sus rituales cotidianos.

Estas diosas se encuentran en lugares de habitación o de culto, no de enterramiento, y en algunos casos coronando amontonamientos, quizás altares. En el Paleolítico Superior estas imágenes son mucho más abundantes que las fálicas masculinas, lo que puede estar relacionado con un tipo de organización social y de creencias, evidenciando, seguramente, que lo femenino vertebraba la comunidad

El concepto de la tierra como madre fue esencial en el imaginario mitológico de las sociedades cazadoras y plantadoras. Así, la idea del enterramiento como una vuelta al útero surge en fechas muy tempranas. La tumba simboliza el principio femenino y la tierra es el origen y fin de la vida.

3. ICONOGRAFÍA DE LAS DIOSAS MADRES

La información referente a la importante representación de lo femenino queda acreditada, también, por la gran cantidad de expresiones artísticas realizadas en paredes y suelos de cuevas y habitáculos: las esculturas de bulto redondo y los relieves en piedra, arcilla o hueso y otros objetos tales como piedras pulimentadas, cristales naturales y objetos de todo tipo utilizados en la vida diaria.

En las culturas paleolíticas y en las neolíticas iniciales no se encuentran escenas de batallas ni imágenes de conquistadores haciendo prisioneros ni fortificaciones militares. Lo que se constata, y muy profusamente, es una decoración de símbolos de la naturaleza asociados al culto a la diosa. La mayor parte de ellos pasaron a las primeras comunidades agrícolas de una forma natural. El pez, la serpiente, el pájaro o las astas son signos paleolíticos que veremos repetidos en el tiempo.

El sol y la luna, tan presentes en todas las culturas primitivas, eran símbolos femeninos, atributos del poder de la «Gran Diosa». No es hasta fechas mucho más recientes cuando se asimiló el sol con el poder patriarcal masculino y se reservó a la mujer en exclusiva la luna, relacionando sus fases con el periodo de la menstruación. Asimismo, esas fases lunares se asociaron con las etapas de la vida de la mujer: la doncella, luna creciente; la mujer en edad de procrear, luna llena; y la anciana, luna menguante.

La vulva femenina, el símbolo artístico más recurrente, es interpretada como la imagen física de la necesidad vital de perpetuación de la especie humana. Son muy abundantes en cuevas del sur de Francia y simbolizan el útero de la gran diosa madre. Su significado religioso es incuestionable, ya que aparecen en cuevas y lugares relacionados con rituales y cultos sagrados. Por ejemplo, en Lepenski Vir (Serbia), se encontraron 54 esculturas de arcilla roja esculpidas sobre piedras ovaladas, alrededor de altares en forma de vulva y útero, en templos que tenían forma de triángulos púbcos. Algunas de ellas, de 8.000 años de antigüedad, tienen grabados el rostro de una diosa y decoraciones en forma de V señalando la vagina sagrada.

Durante el periodo magdaleniense, las vulvas se representaron de manera muy naturalista. Pero tanto estas, como en general el arte prehistórico, fueron evolucionando hacia la esquematización, así que la forma de dibujar la vulva también varió, simplificándose mucho. Este énfasis en reproducir los genitales femeninos perdurará hasta la aparición de las primeras manifestaciones artísticas griegas, influyendo en su génesis y posterior desarrollo.

En la vieja Europa, durante el Neolítico y Calcolítico, se desarrolla una civilización con mitología y religiosidad reflejada en multitud de cerámica y escultura



- Izquierda, representación de vulva femenina en la cueva de Tito Bustillo (Rivadesella, Asturias)
- Derecha, imagen de vulva grabada en piedra en la cueva de Blanchard (Francia).

que representa su imaginario cosmogónico¹ y cosmológico². En ella existen imágenes de diosas pájaro, diosas serpiente, diosas preñadas de la vegetación, señoras del agua, diosas de la vida y de la muerte. Figuraciones de ideas abstractas que hacen referencia al origen y la estructura del universo como las relacionadas con el agua y la lluvia (líneas paralelas, uves, zigzags, espirales y dobles meandros que representan la regeneración); con la luna (dibujos de media luna); y el ciclo vital con signos como la cruz y la cruz rodeada por un círculo que simboliza los cuatro puntos cardinales y el devenir de la vida; otros signos como los toros de tradición paleolítica que representan la fuerza de la naturaleza; la serpiente de gran dinamismo que rejuvenece periódicamente al mudar de piel; mariposas símbolos de la metamorfosis; el buitres, ligado al regreso de la vida al útero de la diosa después de la muerte³; y finalmente el pez, que abarca muchos aspectos como vulva, alma o barco místico de la vida.

-
- 1.- Cosmogonía (del griego κοσμογονία, kosmogonía, derivado de κόσμος, mundo, y la raíz γί(γ)νομαι, nacer) es una narración mítica que pretende dar respuesta al origen del universo y de la propia humanidad.
 - 2.- Cosmología (del griego κοσμολογία, compuesto por κόσμος, orden, y λογία, estudio) concepción integral, denominada también filosofía de la naturaleza, que estudia todo lo relacionado con el universo: su origen, forma, tamaño, las leyes que lo rigen y los elementos que lo componen.
 - 3.- Hubo altares donde se realizaban ritos de fe relacionados con la vuelta a la vida, la resurrección, relacionando a la diosa con buitres. Por estas creencias se realizaban algunas prácticas rituales de exposición de los muertos para que fueran devorados por buitres antes de enterrar sus huesos. De este modo creían que sus espíritus regresarían en alguno de sus descendientes. Ejemplos de este modo de proceder están constatados en Katal Hüyük (Turquía).

- La diosa de las aguas puede aparecer fusionada a la diosa pájaro o a la diosa serpiente, en combinaciones características de la civilización neolítica. Se representa como meandros simples o dobles, espirales laberínticas, dobles triángulos opuestos o aves acuáticas.
- La diosa pájaro, de origen paleolítico, mezcla elementos masculinos y femeninos. Es la que crea el mundo y le da la vida.
- La paleolítica diosa serpiente, representada como líneas ondulantes, es el icono de la divinidad nutriente del universo. A veces aparecen en parte humana y en parte serpiente, como símbolo de unidad de toda la vida en la tierra.
- La diosa preñada de la vegetación, común tanto en el Paleolítico como en el Neolítico, está relacionada con la fertilidad de la tierra. Diosas dando a luz, muchas veces acompañadas de leopardos, toros o leonas.
- Otras diosas aparecen representadas con los brazos cruzados, compactas y generalmente con marcados senos y triángulos púbicos. En ocasiones aparecen pintadas de rojo, símbolo de la sangre que otorga la vida.
- También se localizan perras y leonas, que se asocian a las divinidades femeninas; hembras de gamos, relacionadas con la luna y la diosa de la regeneración; erizos, como figuración del feto animal y del útero; mariposas y abejas en relación a diosas de la transformación y regeneración; la osa como icono de la diosa madre; el cerdo, animal sagrado de la diosa de la vegetación; puntos que son el ideograma de las semillas y losanges o rombos, que representan campos sembrados. Todas son imágenes femeninas⁴.

En relación con todo ello es interesante destacar los descubrimientos realizados en la cueva de Alkerdi II en Urdax (Navarra), estudiada desde 1930 y en la que en 2016 se han encontrado series de pinturas negras, signos geométricos en negro y rojo, líneas aisladas de ambos colores y series de puntos pintados en rojo además de figuras de animales como bisontes y ciervos. Estos hallazgos son importantes pues se trata las primeras pinturas paleolíticas encontradas en Navarra entre las que se representan signos relacionados con las diosas madres.

4. EL MATRICENTRISMO

Humberto Maturana, en su obra *El sentido de lo humano*, manifiesta que la población paleolítica, primero, y neolítica, después, se dedicaba a la recolección y a las incipientes agricultura y ganadería y no conocía la propiedad privada. Estaba muy

4.- Marija Gimbutas: *Diosas y dioses de la vieja Europa*, Siruela, Madrid, 2014.

escasamente jerarquizada y existía una indiferenciación entre ambos sexos, sin subordinación femenina.

Los pueblos, en llanura y cerca de los ríos, carecían de murallas y cercas defensivas y en sus lugares de culto se han encontrado, como hemos visto, restos de figuras femeninas como diosas y otras representaciones mixtas de la divinidad en combinación de mujer-hombre y de mujer-animal.

La vida giraba en torno a la fertilidad de la tierra mediante la unión de principios femeninos y masculinos y la familia se organizaba alrededor de la mujer. Era una sociedad matrística, en la que la participación, la solidaridad y la cooperación entre hombres y mujeres ordenaban el devenir de la vida.

Durante el Paleolítico y principios del Neolítico, se desarrolla la matrilinealidad. El hombre se dedica a la caza mayor y al trabajo de la piedra, madera y metales; mientras, la mujer recolecta plantas y mariscos, domestica pequeños animales como ovejas y cabras, planta semillas, tuerce fibras vegetales con las que teje prendas e inventa la cestería y la alfarería. Y por supuesto prepara los alimentos, acarrea agua y cuida de la prole. La mujer administra los bienes que produce la tierra y consigue, mediante su trabajo, gran parte de la alimentación necesaria para el clan⁵.

La antropóloga Sally Linton fue la primera que propuso el modelo recolector en el año 1971 y ya entonces afirmó que las homínidas recolectaban y que fueron las inventoras de los primeros instrumentos como palos para cavar y cestos para transportar a las crías y los vegetales⁶.

Entonces, la participación del hombre en la fecundación no se relacionaba con el nacimiento, por lo que el vientre materno constituyó el primer fetiche mágico: la mujer producía vida, por lo que se la podía relacionar con una diosa madre. La mujer fue por tanto «la primera diosa de los hombres».

Pirenne escribe⁷: «Probablemente la misma evolución se operó en todos los pueblos, pues, es curioso que todos han dado a la diosa madre los mismos atributos, ella es la vaca, la leona, la gata; es también la vegetación y como tal venerada en forma de árbol al que todas las religiones antiguas han conservado como símbolo de la vida». Fertilidad y vida eran sinónimos y esto pesó, sin duda, en la importancia del papel de la mujer como un ser con poderes mágicos. La mujer fecunda, de gran vientre y pechos abundantes fue la imagen de la tierra, gran madre que procuraba alimentos sin cesar.

Estas comunidades, en su mayoría, no tenían líderes, grupos de élite, ni propiedades privadas; pero sí posiblemente un tótem, heredado por filiación matrilineal, que reunía a varios clanes. En ellos se compartía todo: tierra, alimentos, hombres, mujeres e hijos.

5.- Jacquetta Hawkes y Leonard Woolley: *Prehistoria y los comienzos de la civilización*, Planeta, Madrid, 1977.

6.- Sally Linton: *La mujer recolectora: Sesgos machistas en antropología. (Antropología y feminismo, compilado por Harris y Young)*, Anagrama, Barcelona, 1979.

7.- Jacques Pirenne: *Historia del Antiguo Egipto*, vol. 1., Océano, 1982.

Durante el Paleolítico y parte del Neolítico, existió una familia matricéntrica, en la que la mujer se ocupaba de cazar pequeños animales, recolectar y plantar semillas para dar de comer a la prole, enseñándole las normas del grupo y los comportamientos adecuados para su forma de vida. El hombre en esas épocas, como ocurre entre los primates, no tenía conciencia de la paternidad y no se ocupaba de alimentar a sus descendientes.

La sucesión matrilineal suponía la certeza de saber quién era la madre, aunque se desconociera al padre. Jacques Pirenne afirma que «en el grupo humano es sobre todo la madre la que aparece como fuente de toda vida, de modo particular en esa época, en que la unión conyugal no existía».

El clan totémico era matrilineal, pero la posición del hombre en aquellas sociedades matrilineales fue infinitamente mejor que la de la mujer en las sociedades patrilineales. Ciertamente la mujer pudo ser considerada cabeza de familia puesto que encarnaba la legitimidad de la prole, pero al mismo tiempo el hombre cumplía muchas funciones exclusivas y tenía un lugar preeminente en la sociedad.

Fueron estas unas sociedades bastante igualitarias, en las que se valoraban las cualidades «femeninas» como el cuidado, la compasión y la no violencia, siguiendo un modelo asociativo y colaborador que rendía culto a los poderes generadores de vida. La relación entre ambos generos era de igualdad y cooperación, no de dominio⁸.

En este mismo sentido, Hawkes y Woolley observan que sobreviven huellas de descendencia matrilineal y de matrisimo en las civilizaciones egipcia y cretense y sostienen que las primeras sociedades neolíticas otorgaron a la mujer la más alta condición que jamás haya conocido. Lévi-Strauss opina que todas las sociedades humanas pasaron de un estadio matrilineal a otro patrilineal. Y como Campbell⁹, podríamos aportar que la Prehistoria es el «mundo de la diosa» y de la sociedad matrística.

En la sociedad matrilineal, la genealogía se establecía a partir de la madre. La descendencia seguía la línea femenina y la progenitora era la cabeza de familia, lo que determinaba su situación social. La mujer era propietaria de la tierra y la herencia del suelo pasaba de madres a hijas ya que eran ellas las que desarrollaban los trabajos agrícolas. Daban de comer y vestían a sus hijos e hijas y a los varones adultos, se ocupaban del tejido de la ropa, de la cerámica, de la artesanía y del hogar. Mientras, los hombres se empleaban en la pesca, la caza mayor y la industria lítica y del metal.

Igualmente el intercambio o primitivo comercio estaba en sus manos, lo que les confería una gran autonomía y una situación similar socialmente a la de los varones. Y por último, en las sociedades matricéntricas, las mujeres gozaban de una

8.- Francisca Martín Cano Abreu: *Evolución de la sociedad arcaica*, 2001.

9.- Joseph Campbell: *Las Máscaras de Dios. Mitología primitiva*, Alianza, Madrid, 1991.

gran libertad sexual y elegían a sus parejas. Este tipo de organización social, en la que la influencia femenina es importante difiere mucho de la posterior masculina, y según explica Gordon Rattray Taylor en *Sex in History* existió un matrismo comunalista y espontáneo frente a un posterior patrismo individualista y culpabilizante.

En las cuevas del Paleolítico de Europa oriental y occidental se encuentran pinturas murales y esculturas femeninas. Las últimas son registros psíquicos y confirman el temor de nuestros ancestros ante el misterio de la vida y la muerte.

El culto a la Diosa Madre como origen de vida tuvo una prolongación en tiempos históricos, no hay más que fijarse en diosas tan conocidas como Isis, Not, o Maat en Egipto; Istar, Astarté y Lilith en el Creciente Fértil; Démeter, Coré y Hiedra en Grecia; Atárgatis, Ceres y Cibeles en Roma o en la tradición judeo cristiana identificada con la Reina de los Cielos, la Virgen María, la Madre de Dios.

Los últimos descubrimientos arqueológicos y los actuales avances científicos en las disciplinas de paleoantropología y antropología genética y molecular han llevado a muchos autores y autoras a afirmar que los pobladores y pobladoras europeas de hace ocho milenios vivían agrupados en clanes que no establecían diferencias de tipo jerárquico entre mujeres y hombres.

Tras estudiar los primeros asentamientos de población se evidenció la similitud de los enterramientos, en los que no se encontró rastro alguno de distinción social ni de género. La carencia de límites en los cultivos y la inexistencia de fortificaciones en sus espacios vitales demostró que existía igualdad entre sexos y que desconocían la propiedad privada.

Un tema que también nos interesa resaltar es el de la datación del Neolítico y el origen de la agricultura en el mundo. Debemos tener en cuenta que hasta la Segunda Guerra Mundial la arqueología era una disciplina ejecutada por aficionados que más tenía que ver con encontrar tesoros que con averiguar nuestros orígenes y datar los hallazgos de manera fiable.

Desde mediados del siglo xx se va llevando a cabo una investigación sistemática sobre la vida, el pensamiento, la tecnología y la organización social de las culturas primigenias y las excavaciones van reuniendo a todo tipo de especialistas en campos muy diferentes, con científicos interdisciplinarios que colaboran para averiguar lo máximo de los restos encontrados. Los métodos de datación han evolucionado considerablemente y otras disciplinas, como los estudios genéticos de seres humanos y animales, o los de plantas y otros materiales orgánicos e inorgánicos, confieren cada vez más luz a nuestras dudas sobre el pasado.

Gracias a este progreso hoy sabemos que la agricultura y la domesticación de animales es de fecha muy anterior a la que se venía creyendo. Se ha anticipado hasta hace 8.000 o 10.000 años según la localización. Y no se produjo un solo origen de este sistema neolítico agrario, el desarrollo fue paralelo en diferentes ubicaciones. Además de la civilización sumeria, otras culturas en Anatolia, Palestina y sures-

te de Europa realizaron simultáneamente la misma evolución hacia el sedentarismo y en todas ellas Dios era mujer y la igualdad entre los sexos era la norma¹⁰.

Desde el 6000 a.C., la revolución agrícola comenzará a extenderse por territorios hasta entonces marginales tales como las llanuras aluviales de Mesopotamia, de más allá del Cáucaso y del Caspio y hacia Europa occidental por Creta, Chipre y también por mar.

MATRISMO	PATRISMO / PATRIARCADO
Paleolítico y parte del Neolítico	Neolítico final
Cazadores recolectores y plantadores	Agricultores y ganaderos. Domesticación
Diosas y representaciones de órganos genitales femeninos. Diosa madre	Predominio de imágenes de penes itifálicos. Dioses masculinos
Cultura comunitaria, todo se comparte	Propiedad privada
Asentamientos junto a ríos y sin muralla	Asentamientos en altura, defensivos
Sin líderes definidos	Líderes muy agresivos
Promiscuidad y libertad sexual	Se instaura la pareja. Monogamia.
Inhumación en crómlech y dolmen	Incineración
Indiferenciación social, pacifismo	Jerarquización, autoritarismo
Igualdad entre sexos	Hegemonía masculina
Politeísmo y panteísmo	Monoteísmo
Pequeñas rivalidades entre clanes	La guerra se generaliza
Igualdad, libertad y progreso	Fidelidad, orden y obediencia

Por otra parte, la llegada de la mujer a la ciencia y a todo tipo de disciplinas ha ayudado a la revisión de muchas teorías elaboradas en tiempos pasados y realizadas por hombres que tenían una percepción del mundo más cerrada y ajustada a valores patristas.

Por ejemplo, muchas pinturas paleolíticas en las que aparecen mujeres bailando se interpretaron como relacionadas con la cacería, porque los investigadores en el pasado acentuaban la importancia de la caza y el hombre en la sociedad. Modernamente, muchas de ellas se han reinterpretado y se asocian con ceremonias o rituales en honor a la Diosa Madre.

Este lento proceso de romper con ideas preconcebidas y reinvestigar con nuevos datos va cambiando el esquema que hemos ido aprendiendo generación tras generación y va haciendo más comprensibles muchos descubrimientos, teorías y procesos prehistóricos e históricos.

10.- Riane Eisler: *El Cáliz y la Espada*, Pax, México, 2005, p. 13.

Y aunque debido a la escasez de restos y al tiempo transcurrido puede que no lleguemos a tener certeza absoluta del significado que tuvieron estas pinturas, esculturas y símbolos para nuestros antepasados y antepasadas paleolíticas, está claro que representan alguna forma de protoreligión en la que los símbolos y figuras femeninas ocupaban las posiciones centrales de las cámaras mientras las masculinas se localizan generalmente en posiciones periféricas o se agrupan alrededor de figuras y símbolos femeninos.

5. MATRISMO Y MATRICENTRISMO VASCO

Como comentábamos, los restos y vestigios encontrados hasta ahora no son excesivos, a pesar de que su interpretación y reinterpretación han arrojado algo de luz a nuestro pasado. Euskal Herria, por supuesto, no es una excepción. Aquí, por ejemplo, encontramos restos de matrisimo y matricentrismo en nuestra rica mitología, donde la mayor parte de las divinidades del panteón son femeninas: *Ama-Lurra* (Tierra Madre), *Mari*, *Eguzki Amandrea* (Abuela Sol), *Illargi Amandrea* (Abuela Luna). Con el tiempo, en los rituales mitológicos más importantes, en los akelarres, las sacerdotisas son las *sorginak* (brujas).

Entre las viejas costumbres de la cultura vasca también se aprecia claramente el papel principal que ocupa la mujer en la vida diaria: es la responsable de gestionar el *baserri* (caserío) y es la principal protagonista y conductora de las ceremonias funerarias.

Otro resto de la importancia de la mujer en la sociedad son los ritos que se conservaron, hasta tiempos muy recientes, en lugares como Urdiain (Navarra), donde en los dos solsticios las mujeres recorrían el pueblo formando círculos alrededor de hogueras y cantando una canción llamada «Eguzki Amandrea», la abuela del sol. Esta tradición tiene mucho que ver con el papel femenino en el sacerdocio pagano.

La pervivencia de muchas costumbres comunitarias, quizás relacionadas directamente con la organización matrística vasca (opuesta al modelo individualista del patriarcado propio de los pueblos indoeuropeos), se pone de manifiesto, por ejemplo, en la pervivencia del *auzolan*, de la cooperación vecinal, que se conserva en nuestra organización como testigo vivo de la sociedad colectiva matrística.

Andrés Ortiz Osés afirma, desde el punto de vista de la antropología simbólica, que «la casa vasca es radical, elemental y absolutamente matriarcal, como la cueva de la diosa Mari. Y a la vez es tiempo y espacio de comunión entre vivos y muertos, morada y sepultura, templo, lugar de vida y muerte».

5.1. La diosa Mari. Culto a la única Diosa Madre prehistórica europea de la que tenemos recuerdo en la actualidad

Mari, la diosa madre de la antigua religión vasca, representaba a la naturaleza, aunque también tenía otros muchos atributos que le conferían una entidad compleja. Mari simboliza el equilibrio de los contrarios propio de la Madre Tierra o Amalur.

De entre las primitivas diosas madres europeas es la única que ha llegado hasta nuestros días. Su figura mítica y sus energías vitales ofrecen rasgos y reflejos de la madre paleolítica y su culto, relacionado con la fertilidad-fecundidad. Es igualmente la hacedora de la lluvia y del pedrisco, aquella de cuyas fuerzas telúricas dependen las cosechas. La regidora de la vida y la muerte, de la suerte y la desgracia y otras muchas ambivalencias. Como resumen, encarna el orden natural, cuyas redes teje y desteje en las astas de su carnero. Es el símbolo de la vida, de la naturaleza y de las fuerzas telúricas.

El hallazgo más antiguo descubierto de su culto corresponde al Magdaleniense en el Paleolítico Superior, y se ubica en Karrantza (Bizkaia), en un periodo que va desde el 15.000 al 8.000 a.C. Es un templo subterráneo dedicado a Mari en una profunda cueva. Con posterioridad, José Miguel de Barandiaran encontró restos similares en lugares de Gipuzkoa, Navarra y Zuberoa.

Los nombres de Mari, Amari, Maya, Amayur o Amalur significan Tierra Madre y designan a la diosa primigenia y más importante de la cultura vasca. Esta gran madre cohesionaba el grupo social tradicional vasco de manera diferente a los pueblos indoeuropeos patriarcales, dejando una marca característica en la estructura social, su tradición comunitaria. Amalur se asocia también al sol y se dibuja como un disco solar o *lauburu* que acompañaba en las antiguas sepulturas a nuestros antepasados y antepasadas.

Habita en las cuevas, en remansos de algunos arroyos, en estanques, lagos o manantiales. Y entre sus labores destacan la construcción de dólmenes, puentes y casas. Además le gustaba hilar con su rueca y huso de oro.

Come pan de trigo y maíz, tocino, sidra, cuajada y leche. Y vive también del «no», de la negación. Si un labrador cree tener 20 robadas de trigo pero declara 16, la diferencia, esas cuatro robadas que intentaba robar, se las queda Mari.

El mundo del día y de los vivos, *egunekoak*, se contraponía al de la noche y de los muertos, *gauekoak*. Cuando alguien moría pasaba a formar parte de la noche y en la oscuridad era guiado por la luna o *ilargi* (luz de los muertos) por un sendero hasta la cueva de Mari, donde viviría eternamente con todos sus ancestros en paz, felicidad y abundancia. Así era el cielo de nuestros antepasados.

Y quienes no hubiesen obrado en vida según las enseñanzas de Mari y maltrataran al prójimo, vagarían eternamente sin encontrar el camino a la cueva de la diosa. Este era el concepto de infierno. La caverna significaba protección, el mejor sitio donde morar, una reminiscencia de los tiempos de las glaciaciones, cuando los seres humanos se resguardaban en ellas para sobrevivir a las frías temperaturas.



■ Cueva de Mari (Maurrika Koba). Parque natural de Urkiola, en el Duranguesado (Bizkaia).

Así pues, la tierra madre era el eje central, y creaba todo lo que existía, especialmente el sol y la luna. Se consideraba que amanecía porque la tierra había dado a luz al sol, mientras la luna había regresado al útero materno y cuando anoecía, que la tierra había engendrado a la luna mientras el sol retornaba al útero materno. Por tanto, el enterramiento primitivo se hacía bajo tierra y en posición fetal. Por encima de la tierra estaba el mundo de los vivos; por debajo, el de los muertos.

La población vasca vivía en tierras marcadamente montañosas y protegida por el Pirineo, lo que le permitió conservar tipologías sociales autóctonas durante muchos más siglos que otros pueblos vecinos asimilados antes por otras culturas, como el íbero. El alejamiento relativo de las calzadas romanas y el aislamiento de estos grupos sociales en sus montañas les libraron parcialmente de la influencia romana, primero, y después de la de conquistadores visigodos, francos y musulmanes. También la cristianización fue tardía, por lo que las creencias originarias pervivieron en el imaginario mitológico. Muestra de ello son los restos de asentamientos paganos en las estribaciones de Aralar aún en el siglo XIII¹¹.

11.- F. Mateu Llopis, F. Leizaola, J. Altuna, J. M. de Barandiarán y J. M. Satrustegui: *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, nº 13, Pamplona, 1973.



■ Estelas con discos helicoidales y lauburu

Mari, de culto general, se localiza en distintos lugares y aparece con nombres diversos como Anbotoko Sorgiña (la bruja de Anbot), Arpeko Saindua (la santa de la cueva), Akelegiko Damea (la dama de Akelegi), Iona Gorri (señora roja), Lezeko Andrea (señora de la caverna) o Aralarko Damea (dama de Aralar). En Lapurdi se deja ver en Azkaine (Arrobibeltz), Sara (Faardiko-Harri) y Biriatsu. En Baja Navarra en Zel Hauburu y en Zuberoa, en Lexarri-Gibel, Belli, Azalegi y Otxillarre. Por tanto, sus lugares de culto se encuentran repartidos por toda la geografía vasca.

Mari es citada en muchas leyendas y percibida bajo múltiples aspectos. Desde una dama vestida de rojo a una aldeana o una abuela tejiendo. A veces se le identifica por tener una pata de pato o de cabra; otras como una mujer surcando el cielo con una hoz de fuego en la mano; o viajando sobre una escoba; o volando en luna llena; o como un árbol en forma de torso femenino; o mimetizándose con animales, especialmente gatos, patos, caballos y perros. Además esta diosa asimiló caracterís-

ticas de otras deidades que adoraban pueblos vecinos como los celtas. Los pastores son sus principales amigos y sus protegidos y le tutean, como todos los que quieren pedirle algo.

Las tradiciones y leyendas cuentan que Mari es fuente tanto de bien como de mal y está más allá de lo mortal, pero también de lo inmortal, porque siendo diosa puede a la vez ser humana y procrear hijas e hijos. Tuvo con Sugaar, la serpiente macho, dos hijos, Mikelatz, arquetipo del paganismo, y Atarrabi, del cristianismo. Así, la sangre de Mari corre por las venas tanto de paganos y paganas como de cristianos y cristianas. A través de cuentos y leyendas que hablan de ella, vemos que ordena respetar la naturaleza, a las personas mayores, la cultura y el idioma y conservar el honor y la dignidad.

En definitiva, Mari es una deidad que vive en el otro mundo, al que se llega a través de profundas cavernas situadas en los lugares más inhóspitos y salvajes. Hasta hace poco tiempo su «cántico» producía temor entre los aldeanos y aldeanas y aún hay ermitas que tocan las campanas para ahuyentarla. En algunos lugares siguen dejándole moneditas para contentarla y muchas ancianas se santiguan, asustadas, al oír su nombre porque conservan ese miedo humano hacia los dioses y diosas que a su capricho mueven los hilos de la existencia.

También se la conoce como Basandere, mujer del bosque, y en este caso las leyendas la convierten en hija de Basajaun. Bajo este aspecto se muestra con un corazón bondadoso, ayudando a los que se pierden en el bosque.

La tardía cristianización que apuntaba Jose Miguel de Barandiaran en su obra *El hombre primitivo en el País Vasco*, sobre todo en aquellas partes alejadas de las vías de acceso romanas, pudo ser la causa de la pervivencia de la primitiva religión vasca hasta estadios muy tardíos en comparación con el resto de Europa. Debido a esto no sería de extrañar que el arquetipo de la diosa Mari haya sobrevivido hasta la actualidad.

Tras extenderse el cristianismo, Mari, en cierto modo, se sincretizó con la virgen María y en este aspecto resulta evidente la preferencia que existe en Euskal Herria por el culto mariano.

Leyendas de Mari recogidas por Jose Miguel de Barandiaran

- Una anciana de la casa Dorrea de Udabe (Navarra) contaba que en una cueva situada en el monte del pueblo vivía Mari-Burute y que el cura del lugar iba una vez al año a bendecirla pues de lo contrario había muchas tormentas y granizos.
Y muy parecida era la leyenda por la que los vecinos de Mugiro iban el 3 de mayo a la sima y el cura del pueblo, como protección, celebraba en la entrada una misa. Si Mari se encontraba dentro, no caía pedrisco en la región durante un año.
- Hay un procedimiento para atraer a Mari. Si se la invoca tres veces seguidas diciendo «Aketegiko Damea» (la dama de Aketegi), aparece y se coloca sobre la cabeza de quien le ha llamado.
- En Anboto vivía una señora muy hermosa y cada día pasaba volando a Kutzebarri, lanzando por detrás fuego y mucho ruido. Pasaba por el cielo peinando sus cabellos rubios y largos con un peine de oro.
- La dama de Aralar habitaba en tres cavernas, una en Aralar, otra en Aizkorri y la tercera en Burumendi. Cuando se trasladaba de una caverna a otra producía terribles truenos y relámpagos que asustaban a los hombres y mujeres de los pueblos. En una ocasión, dos hombres forzudos, llenos de medallas y escapularios fueron a la sima donde estaba Mari y la encontraron peinándose tras dos grandes candelabros de oro. Al verlos llegar se escondió en el fondo de la caverna, abandonando los candelabros. Los hombres los robaron y los llevaron a su casa, pero para cuando llegaron ya se habían convertido en sapos.
- En Arano dicen que Mari provoca las tormentas desde una sima de Mugiro y en Gorriti que las envía desde una sima de Aralar. Y en Tolosa aseguran que Mari, montada en un carro tirado por caballos, cruza los aires durante las tormentas, dirigiendo las nubes.
- Mari muchas veces ayudaba a los hombres, como en el caso del ferrón de Iraeta, al que se le estropeó la maquinaria de la ferrería y fue a Amboto a pedirle su opinión y ayuda. Ella le explicó la causa y el remedio de la avería y el ferrón logró arreglar la avería y poner en marcha su fábrica.
- Quien le rinde culto, ofreciéndole anualmente un obsequio no verá caer pedrisco sobre su cosecha. Es lo que creían en Kortezubi y que el mejor regalo era llevarle a la cueva un carnero, su animal predilecto.
Por eso los pastores iban en procesión hasta Anboto, para dejarle en la puerta un buen ejemplar de regalo y pedirle que no cayera ningún pedrisco u otra tempestad que perjudicara a sus rebaños.

- En una ocasión, una campesina robó un peine de oro de la cueva de Mari. Cuando esta se dio cuenta, fue a su caserío reclamándole a gritos el peine con fuertes amenazas: «*Andra geazi, ekatzu nere orrazi; bestela galduko ditzut, zure ondorengo azkazi*» (señora Engracia, deme mi peine; si no, destruiré su casa).
- Cuentan las leyendas de pastores que en la cueva cercana a la cima del Putxerri habita desde hace muchísimos años una hermosa dama, y cuando el sol y la lluvia coinciden, peina su gran cabellera rubia con un peine de oro sentada junto a la caverna. Es responsable de tormentas y vendavales, de lluvias y sequías; y puede adoptar la forma de diversos animales y fenómenos atmosféricos. Los que la han visto aseguran que, envuelta en una gigantesca bola de fuego, vuela por los aires de cumbre en cumbre hacia otras grutas. Invita a los mozos más valerosos a entrar en su morada con ella. Dentro de la cueva existe un lago de gélidas aguas, que hay que cruzar para alcanzar el tesoro que se halla al otro lado. Para lograr tan valioso botín hay que tener el suficiente valor de no volver la vista atrás, de lo contrario jamás se regresa del interior de la gruta.
- Pero quien entra en la cueva de Mari sin su permiso y se apodera de alguna de sus pertenencias, es castigado por ello. Así ocurrió con un muchacho que robó una cantimplora de oro en la cueva de Amboto. Esa misma noche fue raptado de su casa y desapareció para siempre. También a la mujer que le robó un peine en la cueva de Otsibarre le aplicó un castigo, pues a la mañana siguiente encontró que un campo de trigo que tenía, el mejor, estaba totalmente cubierto de piedras de considerable tamaño.



■ Castigo de Mari, lluvia de piedras sobre un campo de trigo.



■ Eguzkilo, flor de cardo, en la puerta de la casa

El mito de *Eguzkilo* o flor sol

El concepto de la tierra como madre se refleja en uno de los mitos cosmogónicos más importantes y bellos del País Vasco, el de Eguzkilo (flor sol). Hace mucho tiempo, cuando no existían el sol ni la luna, los hombres vivían rodeados de una oscuridad perpetua y los genios malignos campaban a sus anchas y se divertían atemorizándolos. *Gaueko*, el dios de las tinieblas, comía pastores y ovejas y por ello se le temía enormemente. Los hombres decidieron suplicar a Mari (Amalur) que les ayudase.

Amalur creó a Ilargi (la luna), un ser brillante que flotaba en el cielo y les proporcionaba luz. Cuando los hombres se acostumbraron a su luz fueron abandonando las cuevas y celebrando su libertad pues los genios malignos se habían refugiado en el interior de la tierra. Pero no duró mucho la alegría porque los genios regresaron a la superficie y volvieron a asustar a los hombres.

Estos volvieron a suplicar a Mari para que les auxiliara. Viendo que la luz de la luna no era suficiente, creó a Eguzki (el sol), que fue recibido con mucha alegría. Pero de nuevo algunos genios se habituaron a su luz y continuaron molestándoles.

Por tercera vez acudieron a la diosa madre para que les librase del acoso de los genios malignos y después de mucho pensar creó para ellos la flor del sol, *Eguzkilo*, ante cuya presencia todos los seres malignos retrocedían. Por ello, desde entonces los humanos la colocaban en las puertas de sus casas para librarse de las desgracias, evitar que cayeran rayos en las casas y ahuyentar a las brujas¹².

12.- José Miguel de Barandiaran. *Diccionario de mitología vasca: creencias y leyendas tradicionales*, Ed. Txertoa, San Sebastián, 1984.

Como Mari es el alma de la tierra, la *etxeoandre* es el alma de la casa; es su reflejo. La casa vasca es un lugar inviolable, residencia de los vivos y los muertos, cuyo espíritu descansa en la dueña, la que cuida el hogar que es ministro del culto doméstico a los muertos y representa a la casa en la iglesia, atendiendo el *yarleku*, el lugar sagrado o asiento familiar que cada casa posee en la parroquia. Y ella es la que preside los actos conmemorativos de los difuntos, responsos, ofrendas de velas, panes y dinero para aquellos.

5.2. El mito vasco de Eguzkilo y el día de San Juan

En las primitivas mitologías matrísticas, el día es hijo de la noche, el sol de la tierra, la claridad de la oscuridad. Y en el pensamiento mitológico vasco la tierra es madre del sol y de la luna, frente a las concepciones patriarcales indoeuropeas donde el sol es un dios masculino.

Una costumbre relacionada con los mitos solares y las antiguas creencias, que perdura aún en el tiempo, y que en la Edad Media era habitual, era la de colocar el día de San Juan, equinoccio de primavera, un *eguzkilo* sobre la puerta de la casa como amuleto contra las brujas y en los establos, sobre un poste, para librar al ganado de enfermedades. La flor de cardo tiene gran poder contra «las brujas y los malos espíritus». La bruja, según la tradición, se entretiene en contar los pelillos de la flor y, como son tantos, amanece antes de que pueda terminar la cuenta sin realizar sus maleficios.

En Yanci, el día de San Juan ofrecen al santo las primicias del maíz, especialmente cultivado para la ofrenda. Costumbre de marcado carácter precristiano, aunque se realizara entonces con un cereal como el trigo o el mijo en vez de maíz (que llegó de América después de 1492).

José María Iribarren recogió una anécdota de un párroco de Valcarlos que yendo de paseo al monte sorprendió en la puerta de un caserío una ceremonia curiosa. El dueño de la casa arrodillado ante una torta de maíz levantaba una y otra vez los brazos hacia oriente. Estaba realizando, sin saberlo, la ofrenda al sol de los pueblos antiguos. Cuando el cura le preguntó por qué hacía aquello, le contestó que así lo había visto hacer a sus abuelos.

6. EL NEOLÍTICO EN LA EUROPA DEL SURESTE

Marija Gimbutas fue una famosa arqueóloga estadounidense de origen lituano, reconocida mundialmente por sus excavaciones y descubrimientos en relación con las culturas de la «Vieja Europa» emplazadas en el Neolítico y la Edad del Cobre. Tras sus investigaciones catalogó y estudió cientos de hallazgos desde el norte del

Egeo y del Adriático hasta los actuales territorios de Chequia, Eslovaquia, Polonia meridional y Ucrania occidental.

Esa cultura agrícola del sureste europeo produce multitud de objetos y enseres de los que hoy se conocen más de 30.000 pequeñas esculturas fabricadas en arcilla, mármol, hueso, cobre y oro, repartidas en unos 3.000 yacimientos del Neolítico y Calcolítico y un sinfín de objetos cerámicos y útiles, objetos con inscripciones y pinturas en sepulcros.

Los asentamientos se realizaban en localizaciones donde el agua era potable, el suelo rico y dotado de pastos para alimentar al ganado. Y como en Katal Hüyük y Hacilar (Anatolia, Turquía), no hay señales de destrucción por una guerra durante más de 15.000 años. En estas culturas, la división del trabajo entre sexos es un hecho pero no se relaciona con la superioridad de un género sobre otro, lo que se hace evidente en los enterramientos, que muestran similares ajueres para ellos y ellas.

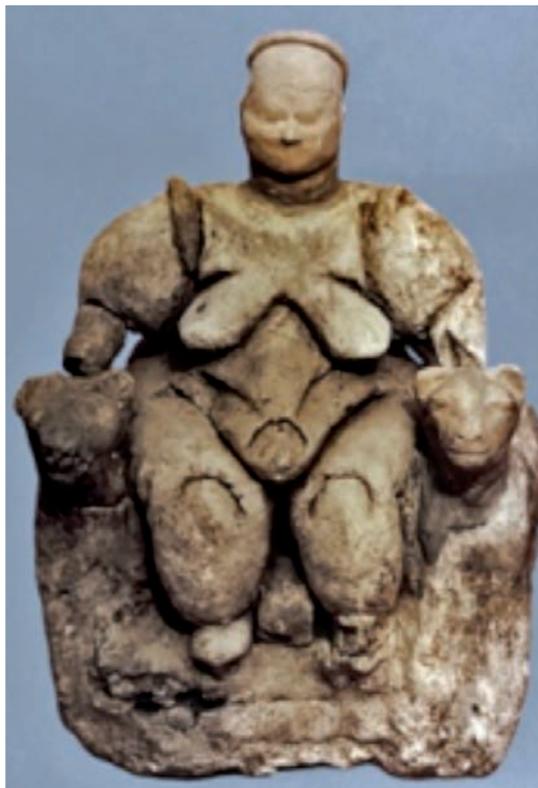
El desarrollo de esta parte de Europa entre el 6500 y el 3500 a.C. no fue un reflejo del Próximo Oriente sino que tuvo una identidad propia con un modelo cultural único y característico, contemporáneo a otros modelos surgidos en Anatolia, Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto. Hacia el 7000 a.C., aquí existían asentamientos urbanos, artesanos especializados, instituciones políticas y religiosas. Se explotaron con eficacia los valles fértiles de los ríos y cultivaron trigo, cebada, guisantes y otras leguminosas; también poseían animales domésticos y trabajaban la cerámica, el hueso y la piedra.

En esta civilización encontramos a la mujer desempeñando papeles de preponderancia social y cultos y creencias relacionados con la Diosa Madre que encarna el principio creativo como origen de todo. El elemento masculino, tanto humano como animal, representa poderes que estimulan la vida pero que no la generan. Fue esta una sociedad matrifocal y probablemente matrilineal, agrícola, sedentaria, igualitaria y relativamente pacífica.

No obstante, el crecimiento de esta cultura neolítica y calcolítica fue frenado, entre el 4000 y el 2500 a.C., por la llegada de pastores seminómadas indoeuropeos procedentes de las estepas rusas y del Cáucaso que se fueron asentando en la zona imponiendo nuevas costumbres y creencias y acabando con la próspera civilización. Vestigios suyos se encuentran en el Egeo y las islas griegas hasta fines del tercer milenio. La cultura heládica griega, la civilización de las Cícladas y la minóica de Creta son sus herederas.

7. LLEGA LA GUERRA DE LA MANO DEL HOMBRE. INVASIONES PERIFÉRICAS. CAMBIO DE VALORES Y PÉRDIDA DEL PROTAGONISMO FEMENINO EN LA ORGANIZACIÓN TRIBAL

Con la invención de la agricultura, el número de habitantes empezó a aumentar. En términos aproximados, una tribu dedicada a la caza y la recolecta necesitaba 10 kiló-



■ Diosas Madres halladas en distintos lugares del mundo, con atributos similares, grandes pechos, vientres y vulvas, rodeadas de animales, dando a luz o amamantando a sus hijos, como representación de la naturaleza, la vida y la regeneración.

metros cuadrados de tierra para sobrevivir. Si ese mismo espacio se utilizaba para cultivar la tierra o criar animales, su productividad se incrementaba hasta 50 veces, por lo que la población creció proporcionalmente.

En poco tiempo, la producción de alimentos se hizo mayor que el esfuerzo humano necesario para mantener el proceso y, desde ese momento, algunas mujeres y hombres pudieron dedicarse a otras tareas artesanales.

De este modo, la fabricación de cerámica crece extraordinariamente. También se desarrolla el utillaje de todo tipo, la elaboración del tejido y de la ropa, el tratamiento de las pieles para su uso y los utensilios de piedra y metal para la caza. La mujer participa directamente en todos los oficios o tareas.

Como hemos visto, el Neolítico surgió simultáneamente en el Oriente Próximo, Europa del Sureste y otros lugares de la Tierra entre el 10000 y el 8500 a.C. y desde allí se extendió, llegando a Euskal Herria hacia el 3.500 a.C.

Hacia el 5000 a.C., se produce una ruptura de la cultura neolítica en la Europa del Sureste y en el Oriente Próximo. Hay evidencias de penetraciones y catástrofes naturales que causan graduales devastaciones, estableciéndose un periodo de regresión y estancamiento. Las invasiones tienen lugar en tres oleadas consecutivas entre los años 4300 y 2800 a.C. y sus protagonistas son los kurgos, indoeuropeos procedentes del noreste asiático y europeo que se distribuyeron por Europa. Ellos tienen una organización totalmente patriarcal y jerárquica y están gobernados por sacerdotes y guerreros que adoran a dioses de la guerra y de las montañas. Conocían ya la metalurgia y fabricaron armas cada vez más eficaces durante la Edad del Cobre y la del Bronce (3500-2500 a.C.). Así se originó una rápida difusión de estas técnicas por toda Europa a través de las continuas incursiones de estos pueblos belicosos y nómadas.

La cultura patriarcal, por la que un hombre se vincula a una mujer y a sus hijos e hijas, se estableció a partir de la Edad del Bronce, con las invasiones indoeuropeas. Los hombres terminaron por dedicarse en exclusiva a la defensa y protección de la tribu contra los invasores, los enemigos o los vecinos.

Poco a poco, los hombres, que llegan a ser conscientes de su participación en el ciclo de la fertilidad, desplazan el culto del vientre materno por el del pene y sustituyen el sistema matriarcal, matrístico o matrilineal, según el caso, por el patriarcal. Las sociedades se transforman quedando la mujer, en ese proceso, marginada social y religiosamente. Existen infinidad de teorías que explican este cambio, desde las materialistas, que lo achacan a la aparición de la propiedad privada, hasta la biológica, la científicista, la socio-biológica o la de la división social del trabajo. Seguramente, en todas ellas encontremos una parte de la razón.

Los hombres, siguiendo a la caza, realizarán desplazamientos cada vez más largos mientras las mujeres se quedarán en los campamentos. La percepción del mundo de unos y otras se va dissociando pues ellos comienzan a vivir en un universo más amplio. Esta pequeña, mínima, diferencia del principio provocó la segregación de las mujeres.

La nueva sociedad imponía una situación de superioridad masculina, estableciendo modelos de conducta diferentes para cada sexo y subordinando y sometiendo a las mujeres a nuevas formas de comportamiento. Básicamente, esta nueva civilización descendiente de tribus guerreras nómadas y dedicadas al pastoreo será jerarquizada y patriarcal.

Con la instauración de la pareja y la relación monógama, la mujer modifica su actitud sexual a cambio del sustento. Es precisamente ese momento en el que surge la vinculación hombre-mujer, cuando se produce la pérdida de poder femenino y desaparece la sociedad matrilineal.

La formación de la pareja no solo rompió el lazo entre la autoridad de la madre sobre sus hijos e hijas, también acabó con la vinculación horizontal de las mujeres en las culturas matrísticas. Las mujeres se aislaron y perdieron los lazos que las unían, desaparecieron las relaciones entre ellas y la capacidad de establecer alianzas. La incomunicación impidió que se rebelasen como grupo frente a la sociedad masculina dominante.

Con el nacimiento de una sociedad jerarquizada, se instauró la lucha por el poder y surgió la rivalidad entre grupos e individuos así como la obediencia jerárquica. Los jefes tribales recurren a la violencia para afianzar su autoridad y se legitiman los constantes enfrentamientos. Y como en las batallas la mortalidad era grande, resultaba imprescindible tener muchos hijos, futuros guerreros, para que los ejércitos pudieran hacer frente al fenómeno de la guerra, por lo que la situación de la mujer se encadena firmemente a la maternidad.

La guerra, que probablemente fue practicada por cazadores y recolectores del Paleolítico, pero a muy pequeña escala y esporádicamente, fue cobrando intensidad durante el Neolítico entre las culturas agrícolas organizadas en poblados. La guerra es el invento del hombre que ha tenido a la mujer sojuzgada durante miles de años, hasta la actualidad. Y eso le ha privado de su desarrollo social en prácticamente todas las culturas.

Con la llegada y la formación de estados, la familia natural y la comunidad matriarcal serán reemplazadas por la sociedad patriarcal. El politeísmo y el panteísmo matriarcal se sustituyen por el monoteísmo.

La imaginería femenina, tan abundante en Europa, desaparece del registro arqueológico al finalizar el Neolítico, coincidiendo con el desarrollo de la estética masculina y sus temas. Y el sistema funerario pasa de la inhumación a la incineración, sustituyendo los antiguos túmulos y megalitos por cistas crematorias de cerámica.

La guerra implica un esfuerzo colectivo de gran calibre ya que se combate por territorios definidos y la derrota puede acarrear la expulsión de una comunidad entera de sus dominios. La vida en poblados y la agricultura favorecen que muy pronto aldeas vecinas se ataquen y se saqueen. Mientras los vencedores reciben premios y riquezas, los perdedores sucumben. Tras las guerras, se van reunificando las pequeñas ciudades-estado y van dando lugar a entidades mayores. Se evoluciona hacia

culturas urbanas y se crean núcleos fortificados con poblaciones jerarquizadas y unificadas bajo el dominio militar.

La guerra también fue el instrumento esencial de sustitución del modelo de asociación por el de dominación. En la cultura guerrera, el hombre arriesga la vida por su grupo, adquiriendo así un valor heroico. La mujer, sin embargo, es protegida y reducida al poblado y a la casa. Mientras a ellos se les inculca el valor, la capacidad de mando, la competencia, la hostilidad y la violencia como valores «naturales», a las mujeres solo les queda la obediencia y la pasividad. Y las creencias religiosas justifican y glorifican la guerra y sus héroes, participando en la creación de mitos y leyendas que conforman en la mentalidad colectiva una serie de valores que permanecerán inalterables durante miles de años. Este cambio de organización social matrilineal por otra patrilineal fue el responsable de la desaparición generalizada de figuras femeninas en el arte religioso.

Los invasores indoeuropeos sucesivos tenían entre sus símbolos más importantes la daga y el hacha y representaban a sus dioses armados, como sus jefes tribales. Desde ahora en los equipamientos funerarios de los hombres aparecen lanzas, hachas y otras armas además de huesos de caballo, mandíbulas de jabalíes, esqueletos de bueyes y de perros.

El inicio de la esclavitud también se relaciona con estos pueblos invasores. Los descubrimientos arqueológicos revelan que en muchos grupos o tribus la mayoría de la población femenina no era de su misma raza sino que provenía de la población neolítica anterior a su llegada, lo que indica que los invasores masacraban a los hombres y niños y niñas de los pueblos que conquistaban pero conservaban a parte de sus mujeres como concubinas, esposas o esclavas.

Los poblados ya no se sitúan en lugares fértiles al lado de los ríos, lagos o el mar, sino que se trasladan a colinas altas que se fortifican. El estado de guerra en el que viven las comunidades supone un desastre cultural de la comunidad que conquistan y el número de población disminuye. La artesanía de todo tipo baja su calidad, lo que se ve claramente en la cerámica, que se vuelve mucho más burda. Las mujeres, dominadas ahora por el poder masculino verán reducidas sus funciones a la de la reproducción y vivirán controladas por los hombres, perdiendo todo rastro de hegemonía. Las propias diosas, poco a poco, ven disminuir su jerarquía para convertirse en simples esposas de dioses masculinos.

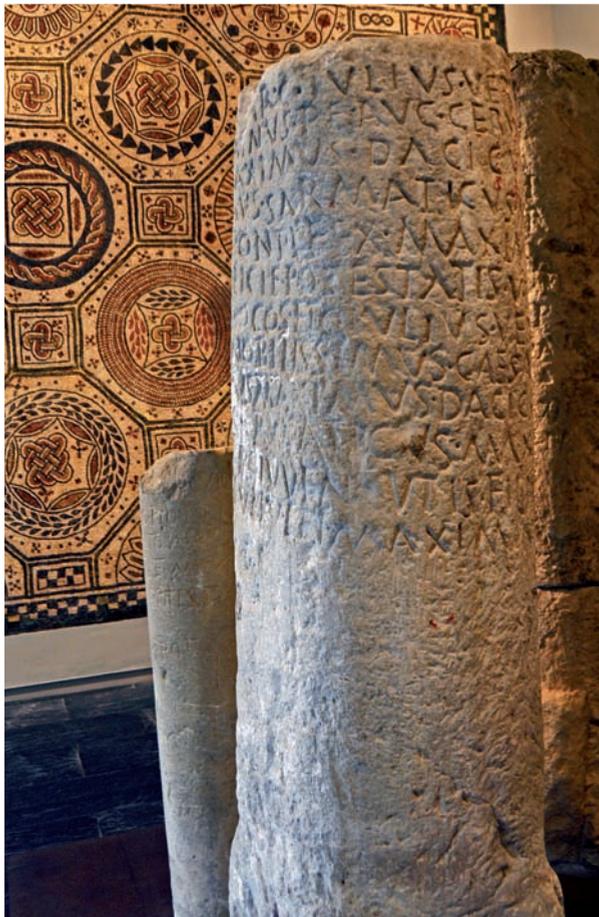
Ante los ataques continuos y las conquistas, poblaciones enteras huyen y vagan por el mundo. Masas de refugiados parten de sus tierras en busca de amparo, pero ya no hay lugar para ellos en el nuevo mundo. Todo el poder de la Diosa y de la mitad femenina de la humanidad desaparecerá y los hombres y sus dioses guerreros tomarán el poder y gobernarán.

Prácticamente todas las tecnologías materiales y sociales fundamentales para la civilización y el desarrollo cultural fueron inventadas con anterioridad a las invasiones indoeuropeas. El cultivo de alimentos, las técnicas de construcción, la cerámica y otras artesanías como la del vestuario y ornamentación eran conocidas por los

pueblos que adoraban a las Diosas Madres así como la danza, el teatro, la literatura oral, el arte y la incipiente arquitectura y planificación urbanística.

Con la llegada de estos nuevos tiempos en los que la destrucción, el robo de las propiedades y la esclavitud se instalan, vemos como el pillaje, las agresiones de mujeres y niños, la quema y destrucción de ciudades enteras, tras su conquista, son presentadas como instrumentos de la justicia divina. Queda instaurada una sociedad mucho más violenta y brutal. Así pues, la dominación indoeuropea supuso un cierto caos y se asentó mediante la destrucción violenta y la ruptura cultural y social¹³.

Como dice la antropóloga Ruby Rohrlich-Leavitt, «cuando el patronato de los escribas cambió de una diosa a un dios, solo escribas masculinos fueron empleados en templos y palacios y la historia empezó a ser escrita desde una perspectiva androcéntrica». Desde ese momento, las mujeres serán borradas de la Historia.



■ Miliarios romanos en el Museo de Navarra, en Pamplona.

13.- Riane Eisler. *El Cáliz y la Espada*, Ed. Pax, México, 2005, pp. 67-74.

8. ROMANIZACIÓN

Oleadas celtíberas llegaron al Ebro hacia el siglo v a.C. con nuevas ideas sobre la organización del clan. Sin embargo, fueron los romanos y sobre todo el cristianismo quienes promovieron el patriarcado definitivamente en nuestra tierra.

Los romanos, en su creación de un imperio a través de la invasión, llevaron su lengua, su literatura, filosofía, forma de gobierno y vida por toda Europa. Irrumpieron en la península el año 218 a.C., desembarcando en la antigua colonia griega de Emporion (Girona) y desde allí empezaron su conquista.

Las legiones romanas llegaron a Vasconia y sus experiencias, opiniones y relatos fueron recogidos por geógrafos griegos y romanos que narraron cómo se vivía en las tierras ocupadas y sus peculiaridades.

En Vasconia hubo pocos colonos romanos, fueron las antiguas élites, romanizadas ligeramente, las que lideraron la nueva sociedad, conviviendo durante siglos sus culturas y los dos idiomas. El latín ocupó los ámbitos oficiales y la escritura; y el euskera la familia y el ámbito popular.

Pero a pesar de imponer su lengua y forma de vida, también respetaron las costumbres y las diosas y dioses locales vascos, como se puede apreciar en antiguas estelas romanas dedicadas a divinidades indígenas vascas, entre ellas las de Selatse en Barbarin, Peremusta en Eslaba y Rocaforte, Losa en Lerete, Loxa en Arkiñariz, Abisunhar, Narhungesi y Uinesahar en Lerga, Lacubegui en Ujué o Errensa en Larraga (Navarra).

También se encuentran durante el periodo de invasión romana las primeras referencias escritas sobre mujeres. Una de ellas es la de la tumba de Antonia Buturra, hija de Viriato, que murió a los 30 años de edad. Se encontró en la fortificación de Berrabia (Gastiain, Navarra), junto a otras 20 lápidas funerarias más con abundantes motivos y decoración, especialmente toros (que simbolizan la fertilidad), pámpanos, uvas y discos solares¹⁴. Está datada en el siglo III y el texto completo dice así:

D • M
N • B V T V R RA
VIRIATI • FILIA
A/-XXX • H - S -E

D(is) M(anibus). Ant(onia) Buturra, Viriati filia, an(norum) XXX h(ic) s(ita) e(st)

A los dioses Manes. Antonia Buturra, hija de Viriato, de treinta años de edad, aquí yace.

14.- Fidel Fita: «Lápidas romanas de Gastiáin», *Boletín de la Academia de la Historia*, t. LXIII, p. 473, Madrid, 1913.



■ Lápida sepulcral de Buturra, hija de Viriato. Hallada en Gastiain. Museo de Navarra en Pamplona. A la derecha, detalle de la misma.

El retrato de la difunta aparece sentada bajo un arco honorífico que descansa sobre dos columnas, que no es habitual en aras dedicadas a mujeres, excepto las de fin del Imperio, cuando las mujeres distinguidas eran divinizadas tras su muerte.

En su pedestal se grabaron las siglas (D . M) rituales, y en las enjutas se aprecian coronas, páteras de ofrenda y el jarro de la libación.

El nombre de Antonia, que Buturra heredó de su padre Viriato, hace pensar en el de Antoñana (Antoniana) antigua villa y plaza fuerte alavesa, que dista poco de Gastiáin, sobre la frontera de Navarra, a mano izquierda del río Ega¹⁵. Y Buturra es el nombre vasco de la familia.

Otra lápida que merece la pena mencionar es una en la que aparecen los nombres de tres mujeres: Festa, Rústica y Estratonice. El texto, traducido del latín, dice:

SIXTILIVS - SILO - AL
 ANTONI - AN - XLVII
 SERENVS - FRATER « ET
 STRATONICE - SOROR
 H S S
 FESTA - ET RVSTICA
 H - D S F C

15.- Agustín Cea Bermúdez. *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*, p. 144, Madrid, 1832.

*Sixtilius Si[lo Al]antoni(es) a[n(norum) XL VU], Serenu[s frater et]
Str[atonic]e] soror h(ic) s(iti) s(unt). Festa et Rustlica] he(redes) d(e) s(zco)
f(aciendum) c(uraverunt)*

Sextilo (siervo) de Silo Antonio, natural de Atondo, de 47 años, su hermano Severo y Estratonice, su hermana, yacen aquí. Festa y Rústica, sus herederas, les costearon este monumento.

Parece ser una estela de miembros de una familia vasca, una de las que colaboran con Roma y en las que se apoya su administración para la implantación militar y política. Y desde luego seguro que Festa y Rústica poseían una gran fortuna, imprescindible entonces para encargarse de una lauda funeraria. La luna que aparece inmortalizada en la estela es un símbolo autóctono.

Fue descubierta en 1895, en la calle Navarrería, y es la única estela rescatada, por ahora, de la Pompaelo romana.

Hay una tercera que nos ha parecido digna de mención, la de dos mujeres que dedican un ara a una diosa indígena llamada «Errensa». Se halló en Larraga en marzo de 1987 y dice así:

*D(omitia) Materna
Errensae pro l(iberis?) p(oni) i(ussit)
L(ucretia) Crista ar(bitratu)
Suo v(otum) s(olvit)*



Domitia Materna mandó que se pusiera a Errensa por su libertad o por sus hijos. Lucrecia Crista, por decisión propia, cumplió su promesa.

Lucrecia Crista fue una liberta que dedicó esta lápida a la diosa vasca Errensa por la libertad de su amiga Domitia. Suponemos que ganó su libertad pagándola con dinero, aunque también pudo haberla logrado legalmente si hubiera tenido cuatro hijos con su amo.

En el Imperio romano, las mujeres vivían supeditadas a los hombres, ellas se encargaban de la casa y de la familia, de los ritos religiosos y de la educación de sus vástagos, se las consideraba seres

■ Ara romana de Errensa, hallada en Larraga. Museo de Navarra (Pamplona).

periféricos y les daban el trato de «pequeñas criaturas». Entre sus ocupaciones se incluían las de rendir culto a los antepasados, los manes y los lares, dioses familiares que simbolizaban los espíritus de los familiares fallecidos. Los representaban mediante figuritas que colocaban en un pequeño altar llamado «lararium». Un buen ejemplo de estos altares se encontró en la villa de las Musas de Arellano (Navarra).

La influencia romana en la península excluyó a las mujeres de los espacios de poder, silenciándolas y situándolas bajo la potestad del padre y/o del marido.

■ Matrimonio

Durante el Imperio romano, el matrimonio, por sí mismo, no constituía más que una situación de hecho que producía algunas consecuencias jurídicas. Matrimonio legítimo existía cuando un hombre y una mujer habían alcanzado la pubertad y convivían conyugalmente. En general, las mujeres se casaban después de los 14 años y los hombres después de los 18, pero era lícito el matrimonio desde la pubertad (12 años para las mujeres y 14 para los hombres).

El derecho a contraer matrimonio legítimo, *conubium*, solo lo tenían los ciudadanos y algunos extranjeros privilegiados. Para que el matrimonio fuese legal había de reunir cuatro elementos: Ambos cónyuges debían ser libres, no tener impedimentos que imposibilitaran el enlace, estar ya en la pubertad, contar con el consentimiento mutuo y el de los padres o tutores de ambos.

Para los romanos, el matrimonio formaba parte de los actos rituales de la vida y la esposa era un miembro más de la familia, como los hijos, los libertos y los esclavos. El marido y padre era el dueño de todos. El amor conyugal se consideraba una suerte pero no era el fundamento del matrimonio. Había que casarse para proveer de ciudadanos al Imperio y propagar la estirpe.

Durante los tres primeros siglos de Roma, las alianzas entre familias patricias y plebeyas estuvieron prohibidas. La razón era que ambos estamentos tenían diferente valor desde el punto de vista religioso y las diferencias de estatus impedían que miembros de esos dos estamentos formaran una pareja armoniosa a ojos de los dioses. Además, la mujer al casarse no adquiría por el matrimonio la condición jurídica del marido, sino que conservaba su estado anterior y por ello el gentilicio de su propia familia. En el 445 a.C. dicha prohibición fue abolida por la *Lex Canuleia*. El matrimonio entre esclavos o el realizado por ciudadanos o ciudadanas con esclavos se llamaba *contubernium*¹⁶. La ley *Julia de Adulteris*, en el 18 a.C., no consideraba matrimonio las uniones entre la clase senatorial y la de libertos, así como tampoco las mujeres de «mala vida» o que fueran condenadas en causa criminal.

16.- Acuerdo o asociación que resulta censurable o indigna para la civilización romana.



■ Altar de la villa de las Musas de Arellano (Navarra)

La honorabilidad del matrimonio se basaba en la consideración social, por lo que los actos de inicio de convivencia tenían gran importancia. La ceremonia matrimonial comenzaba el día anterior de la boda pues la muchacha abandonaba su vestimenta de adolescente y vestía una túnica blanca tradicional ceñida con un cinturón que tenía hecho un «nudo de Hércules», que al día siguiente el marido debía desatar. Peinaban sus cabellos de manera especial formando seis trenzas que se fijaban alrededor de la frente mediante cintas, y para la ceremonia la cabellera quedaba oculta bajo un velo anaranjado, símbolo del amanecer.

A la mañana siguiente los invitados iban a la casa de la novia donde ofrecían un sacrificio a los dioses. Tras él se celebraba el matrimonio, declaración ante testigos del consentimiento de los esposos que solemnizaban uniendo sus manos e intercambiando los anillos. Tras ello firmaban el contrato. A continuación se suplicaba a los dioses que bendijeran a los esposos y se les ofrecía una nueva ofrenda. Seguía el banquete nupcial que se prolongaba hasta el oscurecer, cuando la pareja se retiraba para pasar su noche de bodas.

Desde la fundación de Roma, el matrimonio entre jóvenes se basaba jurídicamente en su libre consentimiento, pero no era en absoluto el resultado de una elección personal. Los concertaban las familias buscando establecer alianzas ventajosas

y consolidar posiciones en la sociedad, convirtiéndose en un instrumento para lograr o conservar el poder.

El estado ideal de una persona era el matrimonio, hasta tal punto, que el año 403, las autoridades decidieron grabar con un impuesto especial a los hombres que llegando a la vejez no se hubieran casado.

■ Divorcio

El divorcio fue práctica habitual en Roma y del primero que tenemos noticia es el de Espurio Carvilio Ruga quien el año 231 a.C. repudió a su mujer porque era estéril.

Durante la República, los hombres podían divorciarse de sus esposas si estas salían a la calle con la cabeza descubierta. El velo o manto constituía una advertencia: «he aquí una mujer honorable». Al que no respetaba la condición de una mujer con la cabeza cubierta se le castigaba con graves sanciones.

A fines del Imperio, en tiempos de Constantino (S. iv), un ciudadano romano podía divorciarse de su mujer por adulterio, envenenamiento, y otros asuntos de poca importancia siempre que devolviera la dote y no volviera a casarse en dos años. La esposa solo podía divorciarse si el marido era un asesino, un envenenador o un saqueador de tumbas. Si insistía en el divorcio por otros motivos, era deportada.

Descripciones de las vascas en las narraciones de viajeros

Estrabón (64 o 63 a.C.-19 o 24 d.C.), ciudadano griego que recorrió el Imperio romano, decía de los vascones que «se lavan los dientes con orina, practican el matriarcado y duermen en el suelo».

Viajó por el norte peninsular en el siglo I a.C. y cuenta en su *Geografía*¹⁷, que adoraban a un dios de la guerra, al que sacrificaban machos cabríos y caballos. Celebraban juegos religiosos en los que el pugilato y las carreras eran los preferidos, adoraban a la luna y las noches de plenilunio celebraban fiestas con grandes danzas a las puertas de las casas.

Consideró que los vascones eran de naturaleza distinta de los celtas, tracios y escitas aunque como en estos pueblos era característica la virilidad de las mujeres, comparable a la de los hombres. Dice asimismo de las mujeres del norte de la península que eran valientes y luchadoras hasta el extremo, en estos términos:

se han visto y se han contado muchas cosas de todos los pueblos de Iberia en general, pero especialmente de los del Norte, relativas no solo a su valor, sino también

17.- Estrabón: *Geografía*, III, cap. 3,7. A. García Bellido: *España y los españoles hace dos mil años*, Espasa Calpe, Col. Austral, nº 515, Madrid, 1968, p. 120.



■ Escena de la vida cotidiana en mosaicos romanos conservados en Estambul (Turquía).

4

a una crueldad y falta de cordura bestiales. Por ejemplo, en la guerra de los cántabros¹⁸, unas madres mataron a sus hijos antes de ser hechas prisioneras (...) y una mujer también mató a sus compañeros de cautiverio para evitarles el sufrimiento de la prisión.

Dejó escrito que el hombre dotaba a la mujer, las hijas heredaban, daban mujer a sus hermanos y cultivaban la tierra y que estas costumbres las tenían todos los pueblos de la cornisa cantábrica, desde los galaicos a los vascones; que carecían de aceite y usaban manteca de cerdo y cazaban cabras montesas, ciervos, jabalíes, gamos y todo tipo de aves para su consumo. Tanto hombres como mujeres utilizaban la honda como arma.

Y explica que los vascos llevaban el pelo largo y las vascas cuando eran jóvenes lo llevaban corto, pero tras el matrimonio lo dejaban crecer y lo cubrían con una especie de toca.

En Estrabón III, 4, 17, se cuenta cierto suceso que Camoleón contó a Posidonio y que él recoge: «Hembras duras, acostumbradas a todo tipo de trabajos, incluso daban a luz en las tierras de labor, lavando al recién nacido y arrojándolo ellas mismas». Carmoleón le relató que había contratado a hombres y mujeres para cavar una fosa y que una de ellas sintió los dolores del parto, se apartó un trecho del lugar del trabajo, parió e inmediatamente después regresó al tajo para no perder su salario. Sigue el escritor contando que Carmoleón la vio muy cansada en la faena sin conocer que había dado a luz, y que cuando se enteró le dio el salario y la mandó a casa y que ella llevó el niño a una fuente, lo lavó, lo envolvió con las ropas que tenía y se marchó.

18.- Estrabón denominaba a los vascos tanto vascones como cántabros.

La población vasca resistió frente a los pueblos invasores sucesivos, tanto a los romanos como a visigodos y a los musulmanes que llegaron en el 717 venciendo a la guarnición visigoda de Pamplona. La comarca de Iruñea quedó bajo su poder aunque con el dominio intermitente de los francos. Y las tribus de Euskal Herria, instaladas en las estribaciones del Pirineo occidental, fueron la base de la formación del reino independiente de Pamplona que conservó los restos de las costumbres y maneras de vivir de nuestra tierra.

Las hijas de reyes o nobles comenzaron a ser utilizadas como moneda de cambio, para consolidar acuerdos familiares o alianzas políticas. Frecuentemente eran casadas sucesivamente con hombres que interesaban al clan o linaje, representado por el padre. Así, Sandra, hija de Sancho Garcés I de Pamplona, se casó en tres ocasiones. Y Urraca, hija del conde castellano Fernán González, fue casada sucesivamente con Ordoño III, Ordoño IV y con Sancho Garcés II de Pamplona.

Las leyes comienzan a atacar duramente a la mujer. La normativa, de corte excluyente, será recogida posteriormente por el Fuero General de Navarra, en el que ordena en su ley 8 que:

La mujer vecina o hija de vecino pueda ser testigo en cosas hechas o dichas en baño, horno, molino, río o fuente, o sobre hilados, tejidos, partos, reconocimiento de mujer y otros hechos mujeriles, pero no en otras cosas, salvo en las que manda la ley.

Las mujeres vascas, sojuzgadas ya por una sociedad patriarcal, sí que tuvieron un papel esencial en la gobernación de la familia, mucho más destacado que en las sociedades vecinas. Ellas se encargaban de la administración, vendían la producción agrícola del caserío y manejaban las relaciones exteriores del núcleo familiar en la sociedad. José Miguel de Barandiaran dice en sus obras que la *etxeoandre* era también el principal ministro del culto religioso doméstico. Pero el ejercicio último y definitivo del poder y su transmisión a la siguiente generación, por lo general, era prerrogativa masculina.

2

EL IDEAL
DE FEMINIDAD
EN LA EDAD MEDIA:
LA MISOGINIA
Y LA SEXUALIDAD



